

ACTIVIDAD LINGÜÍSTICA Y CONSTRUCCIÓN DE CONOCIMIENTOS *

JEAN-PAUL BRONCKART **

En este artículo se refuta, en primer lugar, la posición de la tradición lógico-gramatical según la cual el lenguaje sería tan solo un reflejo secundario de las estructuras cognitivas y, con apoyo de las obras de Humboldt, Coseriu y Saussure, se sostiene, por el contrario, que la actividad del lenguaje es creadora de las significaciones propiamente humanas. En el marco de la corriente de análisis textual proveniente de Voloshinov, se demuestra luego la existencia de "tipos de discurso", cuyo rol decisivo es servir de interfaz entre las representaciones individuales y las representaciones colectivas.

Se postulan tres tesis sobre el desarrollo de los conocimientos: la interiorización de los signos de la lengua es la condición de la constitución de las unidades del pensamiento; la interiorización de las relaciones predicativas es la condición de la constitución de las operaciones cognitivas y el dominio de los tipos de discurso es la condición del desarrollo de las formas de razonamiento. En una advertencia final, tomando como base a Piaget, se concluye que, no obstante, los seres humanos tenemos la capacidad de desprendernos de las exigencias lingüísticas y socioculturales y que, por lo tanto, conviene evitar cualquier forma de reduccionismo social.



The author of this article objects with the view of the logical-grammatical tradition according to which language would be a secondary reflex of the cognitive structures. Based on the works of Humboldt, Coseriu and Saussure, he holds that, on the contrary, the significances characteristic of human beings are created by the activity of language. In line with Voloshinov's textual analysis, he proves the existence of "types of discourse", whose main decisive role is to serve as interphase between individual and collective representations.

The author supports three theses on knowledge development: the internalization of the language signs is the condition for the constitution of the units of thought; the internalization of the predictive relations is the condition for the constitution of cognitive operations; the command of the types of discourse is the condition for the development of the forms of reasoning. As a final warning, based on Piaget, he concludes that human beings have the ability to detach themselves from the linguistic and sociocultural demands and, therefore, it is advisable to avoid any form of social reductionism.

Concepciones sobre actividad lingüística, textos y discursos

El lenguaje como actividad

Sobre la base de la tradición lógico-gramatical antigua y de la filosofía de Descartes, el sentido común occidental considera que los procesos de *noesis* (o de pensamiento puro) son primarios respecto de los procesos de *semiosis*, e independientes o autónomos respecto de estos últimos. El lenguaje humano dependería por lo tanto de un mecanismo secundario, de expresión o de traducción de estructuras cognitivas que lo determinarían completamente. Estos procesos primarios de *noesis* tienen un fundamento natural; se refieren al equipamiento espiritual del que dispondría la especie humana, de base genética, que constituye por sí mismo el producto de la evolución natural de las especies. En consecuencia, los signos de las lenguas solo pueden reformatear aproximadamente unidades de pensamiento que, a su vez, serían estables dado su fundamento natural; pero se supone que no juegan ningún papel en la constitución misma de esas unidades de pensamiento.

En consecuencia, aun desde el momento en que las *estructuras de lenguaje* se supone que reflejan operaciones cognitivas teóricamente universales, debería existir un lenguaje único e ideal o por lo menos una organización estructural común a todas las lenguas naturales. Nos permitimos aquí enfatizar que esta posición, que sustenta la secundaridad de lo semiótico y de lo social, concluye necesariamente en un enfoque negativo de esas mismas realidades semióticas y sociales. Las lenguas naturales serían entidades oscurecedoras, que impiden una clara captación de la realidad de las capacidades humanas, posición que origina esta ideología tan tenaz de su *degenerescencia* permanente (ya que las lenguas habrían conocido un estado original perfecto que permitía reflejar claramente las operaciones del pensamiento, y esta “gracia inicial” habría sido pervertida por las torpes prácticas de las sucesivas generaciones de seres humanos). Y las diversidades socioculturales solo serían, a su vez, detalles secundarios, propiedades folclóricas o anecdóticas, que una globalización con fundamentos “serios” (es decir, occidentales) debería finalmente superar.



En oposición a la perspectiva lógico-gramatical, Humboldt (1974) imprime un giro radical en la manera de aprehender las relaciones entre el lenguaje como capacidad de la especie y las múltiples lenguas naturales. Para el autor, no se trata de analizar primero el lenguaje universal (con sus fundamentos externos) para luego abordar las lenguas naturales que “realizarían” socialmente esta capacidad; sino que se trata, por el contrario, de admitir que el lenguaje solo consiste concretamente en lenguas naturales, y que conviene, por lo tanto, primero estudiar estas últimas en su diversidad, para determinar luego lo que tienen en común y, sobre todo, establecer aquello en lo cual cada una de ellas manifiesta la totalidad de las propiedades de lo que se puede calificar de lenguaje.

Desde esta perspectiva, Humboldt plantea que, así como el lenguaje solamente “existe” en las lenguas naturales, estas últimas a su vez solo “existen” en las prácticas verbales, en ese actuar dirigido que constituye *el discurso*.

Asumida en su realidad esencial, la lengua es una instancia continuamente y a cada instante en curso de transición anticipadora [...]. En sí misma, la lengua es no una obra hecha [*Ergon*], sino una actividad haciéndose [*Enérgeia*]. (Humboldt, 1974: 183-184)

Esta concepción radicalmente activa del lenguaje se prolonga en dos tesis que constituyen los fundamentos del interaccionismo social, y en particular del interaccionismo sociodiscursivo que desarrollamos en este artículo. La primera es que la actividad de lenguaje (relacionada con la *semiosis*), al ser productora de objetos de sentido, es también necesariamente constitutiva de las unidades representativas del pensamiento humano (*noesis*); la segunda es que, en la medida en que la actividad de lenguaje (no) es (más que) una actividad social, el pensamiento al cual da lugar es también semiótico y social.

Habermas (1987) se inscribió en este enfoque del lenguaje como actividad, evidenciando su dimensión comunicacional. Esta actividad constituye el mecanismo fundamental por el cual los miembros de un grupo elaboran un *acuerdo* sobre lo que es el mundo en el que están inmersos y en particular sobre lo que son los contextos del actuar, así como las propiedades de las actividades colectivas y de su despliegue. Por medio de este mecanismo de interacción verbal se elaboran los *mundos representados* que constituyen el entorno específicamente humano, a partir de los cuales son evaluados todo tipo de pensamiento y todo actuar singular.

Sin embargo, es en Coseriu (1991) donde se encuentra la reformulación y el desarrollo más potente del enfoque humboldtiano, al señalar que si bien la dimensión comunicacional del lenguaje es indiscutiblemente importante, solo constituye un aspecto o una consecuencia de su dimensión esencial, que es la de ser *actividad significativa*. Trataremos de resumir esta posición en cuatro tesis principales.

(a) El lenguaje se presenta concretamente como una actividad humana específica y fácilmente reconocible, a saber, como *habla* o *discurso* (Coseriu, 1991). Esta actividad es además siempre *hablar a otro*, y en consecuencia, como afirma Coseriu,

la esencia del lenguaje se da en el diálogo [...], es decir, que está íntimamente ligada a lo que los interlocutores tienen en común. (Coseriu, 1991: 15)

(b) La actividad de hablar solo puede realizarse por medio de una lengua, en tanto técnica históricamente determinada que los locutores (re)conocen como tal:

el hablar es siempre *hablar una lengua*, por lo cual el hablante se presenta en cada caso como perteneciente a una comunidad determinada históricamente o, al menos, como alguien que asume temporalmente la tradición idiomática de tal o cual comunidad. (Coseriu, 1991: 16)

(c) Retomando entonces la noción de *enérgeia* de Humboldt, Coseriu subraya que la actividad de lenguaje es *creadora*, es decir, productora de novedades. Esto explica la dimensión fundamental que implica el cambio permanente de las lenguas y el hecho de que esta actividad sea libre, en el sentido filosófico del término, en tanto que puede dirigirse a cualquier objeto o también que su objeto es necesariamente infinito. De allí,

la descripción de una lengua, si quiere ser verdaderamente adecuada a su objeto, debe presentar la lengua misma como sistema para crear, como sistema de producción, no simplemente como producto. Una lengua, por ejemplo el español, es la suma de las posibilidades del “hablar español”, posibilidades que, en parte, ya han sido realizadas históricamente y, en parte, están aun por realizarse. Estas posibilidades son al mismo tiempo sistemáticas y dinámicas. En consecuencia, una lengua ha de considerarse más bien como permanente “sistematización” que como sistema cerrado. (Coseriu, 1991: 23)

(d) Esta actividad libre de lenguaje es fundamentalmente *significante*, lo que quiere decir, no que es simplemente producción de signos materiales para significaciones ya dadas, sino que es creación de contenido y expresión al mismo tiempo (Coseriu, 1991). Y esta tesis conduce a un análisis del papel desempeñado por el lenguaje tanto en la constitución misma de la actividad de pensamiento como en el despliegue de todo proceso de conocimiento. Por lo profundo y decisivo de este análisis, nos limitaremos a reproducirlo (aunque bastante ampliamente) más que a reformularlo:

[...] la creación de significados es conocimiento y el unirlos a tales y cuales significantes, es decir, el transformarlos en contenidos de “signos”, es un modo de fijarlos y hacerlos objetivos; por consiguiente, puede decirse que el lenguaje como *enérgeia* es, en un solo acto, conocimiento y forma de fijación y objetivación del conocimiento mismo. Ahora bien, conocer significa

concebir algo como en sí mismo idéntico y como diferente de todo lo demás; y en esto consiste muy propiamente la función primaria del lenguaje [...]. (Coseriu, 1991: 26)

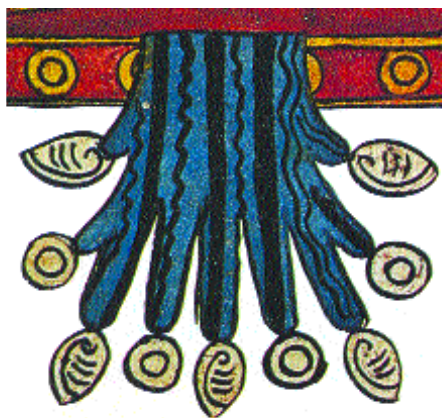
Por ello, la existencia de un significado no es en modo alguno prueba de la existencia de la “cosa” que pueda corresponderle.

[...] Más aun: el lenguaje no depende en absoluto de la existencia de las “cosas” [...], sino que, al revés, es condición necesaria para la comprobación de la existencia de las cosas (o de su “inexistencia”). En efecto, la existencia de las cosas solo puede comprobarse a partir del lenguaje, al preguntarnos si tales y cuales entes correspondientes a significados ya dados en el lenguaje se encuentran o no se encuentran en el mundo de la experiencia física [...]. El significado, pues, implica solo la posibilidad del “ente” [...], y no el ente mismo. Solo secundariamente puede llegar el lenguaje a la designación del ente a través del “ser tal y cual”. [...] La designación es, pues, una posibilidad del lenguaje que se funda en el lenguaje como significación. Y la designación es lo que nos conduce al mundo de las cosas que, en consecuencia, como mundo “estructurado” [...] solo puede alcanzarse mediante el lenguaje. (Coseriu, 1991: 26-28)

Aun cuando esto pueda parecer paradójico, la posición de Saussure nos parece totalmente compatible con este posicionamiento general. Si bien el texto del **Curso de lingüística general** (Saussure, 1945) insiste sobre todo en el sistema social que constituye toda lengua, la definición que propone de LA LENGUA plantea que esta está fundada ante todo en la práctica del habla, es decir, constituye en primer lugar un actuar, cuyas dimensiones estructurales solo pueden ser captadas en un segundo momento, en un proceso de abstracción relativamente artificial. Sus notas manuscritas (Saussure, 2002) muestran que calificaba esa práctica de discurso, noción que los redactores del Curso han eludido sistemática y llamativamente.

El discurso y su análisis

Puede considerarse que los fundamentos metodológicos del *análisis de discursos* han sido planteados por Voloshinov (1977), en el marco



de un enfoque de filosofía del lenguaje cuyo objetivo principal era dilucidar el estatuto y las condiciones de desarrollo de la *ideología*, es decir, de los *mundos de conocimiento* específicamente humanos, y en el cual se encuentra lo esencial de la perspectiva mencionada. Para el autor, todas las unidades del conocimiento humano tienen un estatuto semiótico; son signos

de entidades mundanas que constituyen referentes. Pero estos “signos-ideas” no pueden emanar de la actividad de los individuos solos, sino que son necesariamente los resultados de discursos producidos en el marco de interacciones sociales y, en virtud de ese estatuto, estos discursos presentan siempre un carácter dialógico: se inscriben en un horizonte social y se dirigen a un auditorio social:

toda palabra comprende dos faces. Está determinada tanto por el hecho de que procede *de* alguien como por el hecho de que está dirigida *hacia* alguien. Constituye justamente *el producto de la interacción del locutor y del auditor*. (Voloshinov, 1977: 123)

A partir de allí todo pensamiento, al ser el producto de la interiorización de esos discursos externos (es un “discurso interno”), presenta también necesariamente un carácter social, semiótico y dialógico.

Desde esta perspectiva, Voloshinov propone entonces un programa metodológico, que se caracteriza por un proceso de análisis descendiente de la actividad lingüística concretada en el discurso dialógico: en primer lugar, plantea analizar las condiciones y los procesos de interacción social (o incluso, las formas materiales precisas de la expresión de la psicología del cuerpo social (Voloshinov, 1977), es decir, las formas de actividades humanas con las cuales se articulan y en las que se ubican las producciones del lenguaje; luego se deben analizar la estructura global y las propiedades de estas producciones del lenguaje (los “tipos o géneros de textos/discursos” que semiotizan las interacciones) y, finalmente, analizar la estructura interna de esos textos/discursos, o los niveles allí implicados de organización de los signos: partes de texto, estructuras semántico-sintácticas, valores de las unidades mínimas o de las palabras.

Géneros de textos y tipos de discurso

En su **Introducción al architexto** (1986), Genette había señalado claramente la necesidad de distinguir las tentativas de clasificación de los textos en géneros de aquellas fundadas en sus *modos de enunciación* (la distinción planteada por Aristóteles entre “narrativo”, “dramático” y “mixto” se asociaba con este segundo enfoque). Para él, los géneros tienen modalidades de estructuración diversas y heterogéneas. Por lo tanto, no pueden ser clasificados según un sistema jerárquico estable, mientras que los modos al ser actitudes de locución de carácter universal se traducen por formas lingüísticas más estables y por ende identificables:

Los modos de enunciación pueden ser calificados de “formas naturales”, por lo menos en el sentido en que se habla de “lenguas naturales”: dejando de lado cualquier tipo de intención literaria, el usuario de la lengua debe elegir constantemente, incluso y sobre todo inconscientemente, entre actitudes de locución tales como discurso e historia (en el sentido de Benveniste, 1959), citación literal y estilo indirecto, etc. Los géneros son categorías propiamente literarias, los modos son categorías que tienen que ver con la lingüística [...]. (Genette, 1986: 142)

Además de la distinción benvenista citada, la planteada por Weinrich (1973) entre *mundo comentado* y *mundo contado* y la propuesta por Simonin-Grumbach (1975) entre tres *planos enunciativos* se relacionan con estos *modos de enunciación*. Todas ellas describen actitudes de locución generales, que se traducen, en el marco de una lengua natural determinada, por configuraciones de unidades y procesos lingüísticos relativamente estables. En su destacable trabajo de inspiración culioliana, Simonin-Grumbach intentaba formalizar las operaciones que subyacen a los *planos enunciativos* e identificar las propiedades lingüísticas de las formas que las realizan; formas que calificaba de “tipos de discurso”.

La diferencia de estatuto entre textos (que dependen de un género) y tipos de discurso puede explicarse porque mientras los primeros son unidades comunicativas globales, articuladas a un actuar lingüístico (por ejemplo, una novela, un sermón, una entrevista, etc.), los segundos son unidades lingüísticas infraordenadas, segmentos que no constituyen en sí mismos textos, sino que entran en su composición

según modalidades variables (un segmento de relato, de discurso indirecto, de comentario teórico, etc.).

Analizamos entonces las operaciones que subyacen a los tipos de discurso en los siguientes términos: dada su propia naturaleza semiótica, la actividad lingüística reside necesariamente en la creación de *mundos virtuales*. Estos mundos son sistemas de coordenadas formales que son, por un lado, radicalmente distintos de los sistemas de coordenadas de los mundos representados (en los cuales se despliegan las acciones de agentes humanos), pero que, por otro lado, deben exhibir el tipo de relación que mantienen con esos mundos de la actividad humana. Por convención, calificaremos los mundos representados de los agentes humanos de *mundo ordinario*¹ y los mundos virtuales creados por la actividad lingüística de *mundos discursivos*. Y estos mundos discursivos se construyen sobre la base de dos subconjuntos de operaciones.

Un primer subconjunto explicita la relación existente entre las coordenadas generales que organizan el contenido temático de un texto y las coordenadas generales del mundo ordinario en el cual se despliega la acción lingüística de la que el texto proviene. Estas coordenadas pueden estar presentadas como claramente separadas de las coordenadas del mundo ordinario de la acción lingüística. Ya sea que las representaciones movilizadas a modo de contenido remitan a hechos pasados y comprobados (del orden de la historia), a hechos por venir, a hechos plausibles o puramente imaginarios, su organización debe anclarse en un origen espacio-temporal, que especifica el tipo de división operada (los orígenes son explicitados en su mayoría por fórmulas temporales, por ejemplo, *un día*, *ayer*, *en el año 2058*, etc.), a veces asociadas a fórmulas espaciales (*había una vez*, *en un país lejano*). Los hechos organizados a partir de este anclaje son *contados* entonces “como si hubieran pasado”. Pero también, la separación puede no intervenir explícitamente, y las coordenadas que organizan el contenido temático del texto se presentan entonces necesariamente como conjuntas a las de la acción lingüística. Así, las representaciones movilizadas, a partir del momento en que no se anclan en ningún origen específico, se organizan inevitablemente en referencia más o menos directa a las coordenadas generales del mundo de la acción lingüística en curso. Los

hechos se presentan entonces como accesibles en el mundo ordinario de los protagonistas de la interacción lingüística; no son contados, sino mostrados o incluso *expuestos* (por ejemplo, *la filosofía es la madre de todas las ciencias*).

Entonces, esta es una primera distinción que constituye una reformulación parcial de las oposiciones que han sido introducidas entre *mundo contado* y *mundo comentado* (cf. Weinrich); para evitar toda ambigüedad terminológica, distinguiremos por nuestro lado los mundos del orden del CONTAR y los mundos del orden del EXPONER.

Por otro lado, un segundo subconjunto son las operaciones de explicitación de la relación con los parámetros de la acción lingüística en curso. Tienen que ver más específicamente con la relación entre, por un lado, las diferentes instancias de agentividad (personajes, grupos, instituciones, etc.) y su inscripción espacio-temporal, tales como se movilizan en un texto y, por otro lado, los parámetros físicos de la acción lingüística en curso (agente productor, interlocutor eventual y espacio-tiempo de producción). En un texto o en segmento de texto puede ser explícita la relación que sus instancias de agentividad mantienen con los parámetros materiales de la acción lingüística (agente productor, interlocutor eventual y su situación en el espacio-tiempo), o bien esta relación puede no estar explicitada y las instancias de agentividad del texto mantienen entonces una relación de independencia o de indiferencia con los parámetros de la acción lingüística en curso. En el primer caso, el texto moviliza o *implica* los parámetros de la acción lingüística, bajo la forma de remisiones deícticas a esos mismos parámetros, que están integrados al propio contenido temático; y en consecuencia, hay que acceder a sus condiciones de producción para interpretar completamente dicho texto (por ejemplo, *Ayer vine aquí*). En el segundo caso, el texto se presenta en una relación de *autonomía* respecto de los parámetros de la acción lingüística, y su interpretación no requiere entonces de ningún conocimiento de las condiciones de producción (por ejemplo, *Fidel Castro tomó el poder en Cuba en 1959*). Una segunda distinción general puede plantearse así entre los mundos discursivos que exhiben una relación de *implicación* respecto de los parámetros de la acción lingüística y los que

exhiben una relación de *autonomía* respecto de esos mismos parámetros.

Entonces, una primera delimitación de los mundos discursivos puede realizarse combinando los dos tipos de distinciones mencionadas: por un lado, la oposición entre orden del CONTAR y orden del EXPONER; por otro, la oposición entre implicación y autonomía. El cruce de ambas distinciones permite definir cuatro mundos discursivos:

- a) Mundo del EXPONER implicado
- b) Mundo del EXPONER autónomo
- c) Mundo del CONTAR implicado
- d) Mundo del CONTAR autónomo

No obstante, estos mundos, del mismo modo que las operaciones subyacentes, solo son comprobables a partir de las formas lingüísticas que los semiotizan y, por consiguiente, son solidarios de esas formas lingüísticas. Es en este nivel donde se plantea el problema metodológico delicado de la articulación entre una inserción de esas formas desde el ángulo de las operaciones psicológicas subyacentes y una inserción de esas mismas formas desde el ángulo de las marcas lingüísticas que son empíricamente comprobables. Las operaciones psicológicas constitutivas de los mundos son generales y *a priori* universales (en el sentido de independientes de las características propias de cada lengua natural), mientras que las marcas lingüísticas que traducen los mundos son necesariamente dependientes de las propiedades específicas de las lenguas naturales. Para disociar claramente estas dos inserciones posibles hemos introducido la distinción entre *architipo psicológico* y *tipo lingüístico*. La expresión de *tipo lingüístico* designa el tipo de discurso tal como se encuentra efectivamente semiotizado en el marco de una lengua natural, con sus propiedades morfosintácticas y semánticas particulares. La expresión de *architipo psicológico* designa, a su vez, esa entidad abstracta o ese constructo, que es el tipo de discurso aprehendido desde el único ángulo de las operaciones psicológicas “puras”, es decir, de las operaciones depuradas de la semantización particular que les confieren necesariamente las formas específicas de recursos morfosintácticos movilizadas por una lengua natural para traducir un mundo.

Los architipos psicológicos correspondientes a los mundos discursivos pueden presentarse en un cuadro de doble entrada:

Coordenadas generales de los mundos			
Relación con el acto de producción		Conjunción EXPONER	Disyunción CONTAR
	Implicación	<i>Discurso interactivo</i>	<i>Relato interactivo</i>
	Autonomía	<i>Discurso teórico</i>	<i>Narración</i>

No podremos, en el marco de esta exposición, presentar los sistemas de marcas de los tipos lingüísticos (para ello puede consultarse, para el sistema del francés, Bronckart, 1997, y para el sistema del español, Bronckart, 2004).

Observaciones

Aunque minoritaria, la elección de utilizar la expresión *tipo de discurso* en vez de *modo de enunciación* nos parece más que legítima. Más allá de su acepción trivial, que designa cualquier establecimiento de una lengua, la noción de discurso remite más profundamente al proceso de verbalización del actuar lingüístico o de su *semiotización* en el marco de una lengua natural. Pero este proceso se realiza manifiestamente según diversas modalidades (descriptibles en términos de operaciones), que se expresan con formas lingüísticas relativamente estables, ejerciendo presiones mayores sobre la distribución y las condiciones de empleo de las unidades, lo cual justifica que se hable de tipos de semiotización o de tipos de discurso. Tales tipos constituyen en otros términos formatos del establecimiento de las unidades de una lengua (vertiente significante), que traducen los pocos formatos que organizan los intercambios verbales humanos, o intercambios interindividuales de representaciones (vertiente significado).

Como lo señala también Genette (1986), los *modos* o *actitudes* que constituyen la vertiente significado de los tipos discursivos han sido erigidos por algunos al estatuto de *archi-géneros*, es decir, de categorías que dominan y organizan la distribución de los géneros: por ejemplo, la

actitud narrativa se realizaría en géneros tales como novela, reportaje, autobiografía, etc. Tal enfoque se basa en un sentimiento lingüístico cuya realidad no refutaremos (un “efecto de narración” puede ser producido por formas textuales muy diversas), pero también presenta un carácter eminentemente paradójico: por un lado, solo puede inferirse la existencia de *actitudes* del análisis de las configuraciones lingüísticas específicas que las realizan (Genette, 1986), configuraciones que están infraordenadas respecto de los textos; por otro lado, se encontrarían expresiones de esas mismas actitudes a nivel de los propios textos, incluso cuando estos no contienen las configuraciones lingüísticas típicas, suponiéndose entonces que esas actitudes generales provienen de reglas de una pragmática universal, o también de las de una “transcendencia” de orden antropológico (Genette, 1986). Ahora bien, una de las dos cosas: o bien las actitudes son indisociables de las formas lingüísticas específicas que las realizan, o bien constituyen esquemas humanos universales expresables bajo (casi) cualquier forma lingüística; no se puede, como Genette, defender a la vez ambas tesis. Nos parece, por lo tanto, que esta paradoja solo puede superarse adoptando una perspectiva *genética* (en sentido vygotkiano). Esto es: los tipos de discurso son formas lingüísticas primeras que se han co-construido con las actitudes enunciativas que traducen; el uso de esos tipos y las reflexiones evaluativas que a ellos se refieren produjeron conocimientos generales (lo que es contar, lo que es comentar, etc.) y, por último, esos conocimientos han brindado, secundariamente, marcos interpretativos capaces de ser proyectados sobre cualquier tipo

de producción textual: si una carta es considerada narrativa, es porque se puede proyectar sobre la totalidad del texto que ella constituye un esquema interpretativo proveniente de nuestro conocimiento del tipo lingüístico narrativo y de sus efectos.

Los efectos del lenguaje sobre la constitución y el desarrollo de los conocimientos

Una formulación de la problemática

Es en la obra de Piaget donde se encuentra la formulación más esclarecedora de la problemática de las condiciones de constitución y de desarrollo de los conocimientos humanos, en particular en la versión última² del capítulo que cierra **La explicación en psicología y el paralelismo psicofisiológico** (Piaget, 1989), que constituye uno de sus últimos escritos, a cuya redacción tuvimos el privilegio de asistir.

Allí, el autor sostiene, en primer lugar, que los mecanismos fisiológicos humanos, del mismo modo que todos los fenómenos físicos, funcionan según una *lógica causal*. Este funcionamiento causal se aplica también a los esquemas de lo sensoriomotor o del pensamiento operatorio, en tanto regularidades observables desde afuera, pero que no puede caracterizar los mecanismos existentes en el pensamiento consciente:

[El movimiento de construcción] no plantea problemas por cuanto se trata de relaciones entre el organismo en tanto que fisiológico y *el comportamiento en tanto observable por fuera y, digamos, materialmente*. En cambio las cuestiones se plantean en otros términos, o más bien se complican al agregar una nueva dimensión, desde el momento en que interviene la consciencia. (Piaget, 1989: 169)

Según Piaget, los fenómenos del orden del pensamiento consciente poseen un funcionamiento radicalmente diferente, que dependen de una *lógica de implicación*, o más precisamente que se caracteriza por encadenamientos de implicaciones significantes, regidos por reglas no estrictamente necesarias o incluso de orden normativo. Esta distinción permite entonces a Piaget brindar una formulación precisa al problema de las relaciones que mantienen, en el hombre, la serie física y la serie psíquica:

Estamos, pues, en condiciones de volver al problema del paralelismo psicofisiológico, siendo la hipótesis de que el paralelismo entre los estados de consciencia y los procesos materiales concomitantes responde a un isomorfismo entre los sistemas de implicaciones significantes y ciertos sistemas que dependen de la causalidad. (Piaget, 1989: 178)

Dado el carácter continuista del esquema de desarrollo de Piaget, se plantea inevitablemente la pregunta de saber cómo un sistema causal puede, durante el desarrollo, transponerse directamente a un sistema de implicaciones significantes. Como respuesta a esta pregunta, el autor declara, en primer lugar, que esta transferencia se realiza progresivamente. Luego, en un proceso retroactivo bastante extraño en él, trata de encontrar las huellas de esta construcción progresiva en el esquematismo sensoriomotor, proponiendo algunas pistas vagas, pero terminando por confesar que desde el punto de vista empírico, el problema sigue siendo total:

[...] nos encontramos aquí en presencia de una serie de cosas desconocidas, de manera tal que se experimenta, en 1974, un real malestar [...] cuando se habla de “la” consciencia o de sus “estados”, etc. [...]. Lo que no sabemos es en efecto si, anteriormente a este mecanismo formador, podrían existir estados momentáneos y locales de consciencia no integrados en un sistema. El problema central a este respecto, que felizmente no debemos abordar en este capítulo, *dado que no tiene solución posible actualmente*, es el de los comienzos de la consciencia, anteriormente a cualquier lenguaje. (Piaget, 1989: 181)

Del análisis precedente, podemos extraer tres proposiciones:

- (a) Los mecanismos fisiológicos, del mismo modo que las modalidades de organización de los comportamientos (entre los cuales están los esquemas), pueden ser concebidos como funcionando según una *lógica causal*, pero esta *lógica* solo “existe” en la interpretación que de ella hace, desde exterior, el observador o el investigador.
- (b) El pensamiento consciente de los sujetos humanos funciona según una *lógica de implicación de significaciones* que, contrariamente a los determinismos causales, no presenta ningún carácter de “necesidad natural”; el establecimiento de esta *lógica* presupone la adhesión a normas humanas y, por lo tanto, inevitablemente sociales.

(c) En la óptica continuista de Piaget, la lógica de implicaciones significantes del pensamiento *debería* construirse sobre la base de la lógica causal y proceder directamente (sin mediaciones sociolingüísticas). Pero esta tesis no es demostrable ni empírica ni, incluso, teóricamente, en el sentido de que no puede identificarse en los mecanismos causales la fuente posible del carácter no necesario o normativo del pensamiento consciente.

El lenguaje, fuente del pensamiento y de los conocimientos

La afirmación de que los procesos de apropiación y de interiorización de los fenómenos lingüísticos son fuente u origen de los fenómenos del pensamiento puede desarrollarse en las tres tesis siguientes:

Tesis 1. La apropiación y la interiorización de los signos lingüísticos es constitutiva de las unidades de pensamiento o noesis.

Basándonos en la teoría saussuriana, sostendremos que son tres propiedades de los signos (su carácter inmotivado, radicalmente arbitrario y discreto) las que explican que su interiorización provoque esta transformación decisiva del psiquismo heredado que constituye la delimitación y la estabilización de unidades representativas (Bronckart, 2003).

Como Piaget lo había observado, por su *carácter inmotivado* (la relación de independencia que existe entre los significantes y sus significados), los signos interiorizados confieren, en primer lugar, al funcionamiento psíquico una real autonomía respecto de los parámetros del medio; en términos behavioristas, este funcionamiento se libera del control directo de las contingencias de refuerzo. Pero este carácter inmotivado es en sí menos importante que el de *arbitrario radical*, reexhumado de los apuntes saussurianos por De Mauro (1969). Esta noción de arbitrario radical expresa el hecho de que, en la medida en que se originan en el uso social, los signos someten las representaciones individuales a una reorganización cuyo carácter es radicalmente no natural. El significante de un signo (el término *fruta*, por ejemplo) impone a la vez una delimitación y una reunión de

las diversas imágenes mentales que un ser humano puede construirse en su interacción solitaria con este tipo de objeto. Por su parte, el significado del signo está constituido por el conjunto de imágenes mentales que se encuentran así subsumidas por el significante. Las lenguas naturales se diferencian no solo por sus significantes aparentes, sino sobre todo por la separación y la estructura interna de las imágenes constitutivas de los significados, como lo demuestran los problemas de traducción. Es entonces en el marco de esas formas sociolingüísticas particulares y arbitrarias donde se organizan las representaciones humanas.

Desde esta perspectiva, los signos son, pues, entidades representativas dobles o desdobladas; se presentan como envolturas que agrupan representaciones individuales, o también como representaciones (sociales) de representaciones (individuales). Y cuando el niño interioriza los signos, lo hace con esta propiedad metarepresentativa, que posibilita este desdoblamiento del funcionamiento psíquico que es la condición *si ne qua non* de la emergencia de su carácter autorreflexivo. No obstante, esta emergencia solo es posible en la medida en que los signos presentan una tercera propiedad: son *discretos*, es decir, que sus significantes están “recortados” en unidades discontinuas, y la interiorización de tales significantes implica necesariamente una interiorización correlativa de su significado. Este significado, a su vez, está delimitado y tiene la capacidad de absorber y reorganizar las imágenes mentales de carácter idiosincrático:

Psicológicamente, hecha abstracción de su expresión por medio de palabras, nuestro pensamiento no es más que una masa amorfa e indistinta. [...] El papel característico de la lengua frente al pensamiento no es el de crear un medio fónico material para la expresión de las ideas, sino el de servir de intermediaria entre el pensamiento y el sonido, en condiciones tales que su unión lleva necesariamente a deslindamientos recíprocos de unidades. El pensamiento, caótico por naturaleza, se ve forzado a precisarse al descomponerse. No hay, pues, ni materialización de los pensamientos, ni espiritualización de los sonidos, sino que se trata de ese hecho en cierta manera misterioso: que el “pensamiento-sonido” implica divisiones y que la lengua elabora sus unidades al constituirse entre dos masas amorfas. (Saussure, 1945: 191-192)

De este análisis saussuriano se desprende que si bien antes de la emergencia del lenguaje

existe un funcionamiento psíquico práctico, este reside en formas representativas, no solo idiosincráticas, sino que constituyen sobre todo una masa continua y desorganizada, una amalgama de imágenes sin fronteras claras. Con la interiorización de significantes discontinuos, porciones de formas representativas se encuentran reorganizadas en significados y por este mismo hecho están erigidas en verdaderas unidades representativas, delimitadas y relativamente estables. Esta *discretización* del funcionamiento psíquico constituye la condición última de la emergencia de un pensamiento consciente. Es solamente cuando las formas representativas están desdobladas y organizadas en unidades discretas, bajo el efecto de la interiorización de los signos, cuando puede desplegarse el movimiento autorreflexivo característico del funcionamiento psíquico consciente.



Tesis 2. La apropiación y la interiorización de las estructuras lingüísticas originan la organización de esas unidades en un pensamiento consciente, que funciona según un régimen de implicación de significaciones.

Volvamos a partir del análisis de Piaget comentado anteriormente, según el cual la consciencia constituye un sistema de implicación de significaciones. Este análisis evidencia el carácter no naturalmente necesario o, incluso, normativo-social de los encadenamientos mentales: “*P* implica *q*”, afirma Piaget al citar a Lalande. Esta relación se asocia con el “poder ser” o el “deber ser” del mismo modo que las reglas sociales. Sin embargo, este tipo de relación probabilística y/o deóntica no puede manifiestamente derivar de la lógica de necesidad de los encadenamientos causales. Y esto explica la dificultad en la que se encontró Piaget para fundamentar su tesis continuista. En cambio, se le puede encontrar un origen creíble si se tienen en cuenta los mecanismos en juego en la actividad significativa que comenta el actuar humano.

Como lo demostró von Wright (1971), las relaciones que pueden ser planteadas, en una unidad praxeológica, entre la fuente humana y

los comportamientos que esta desencadena no dependen nunca de encadenamientos causales sino que son del orden de la probabilidad. Las estructuras predicativas que, en las lenguas naturales, dan cuenta de esas relaciones activas presentan también este carácter probabilístico: como lo sostenía justamente la **Gramática** de *Port-Royal*, expresan un juicio referido a la relación accional, y al hacerlo, “desdoblan” de alguna manera la relación probabilística entre la fuente del actuar y este actuar mismo. Por lo tanto, nos parece que para superar la aporía piagetiana conviene admitir que es de las evaluaciones predicativas de la acción humana, y solo de ellas, de donde puede emerger la lógica de implicación de significaciones que caracterizan el pensamiento consciente humano. Piaget estaba muy cerca de esta solución cuando afirmaba particularmente, en el texto discutido anteriormente, que

esta implicación significativa rige la relación misma de significante a significado que interviene en las categorizaciones o designaciones. (Piaget, 1989: 178)

Sin embargo, no podía aceptar esta idea dado sus a priori epistemológicos.

Tesis 3. La práctica, la apropiación y la interiorización de los tipos de discurso son los que originan diversos tipos de razonamientos humanos.

La práctica de los géneros de textos constituye una ocasión de aprendizajes sociales que tienen que ver con la adaptación del actuar lingüístico a las diversas formas de actuar ordinario. No se trata, sin embargo, más que de un aspecto de las *mediaciones formativas*, otro aspecto sin duda más nodal que guarda relación con la interfaz de las representaciones individuales (situadas en un organismo-agente) y de las representaciones colectivas (situadas en las obras humanas). A nuestro entender, estos procesos se desarrollan en el nivel de los tipos de discurso, dado que estos constituyen, como hemos visto, los formatos obligados de esta interfaz (Bronckart, 2007).

Al (re)producir un tipo de discurso, el agente debe proceder a la planificación interna de los segmentos en cuestión, aprendiendo así a ejecutar esos procesos indisolublemente mentales y verbales como son los razonamientos: razonamientos prácticos implicados en las interacciones dialogales; razonamientos causales-cronológicos implicados en los relatos y narraciones y razonamientos de orden lógico y/o semi-lógico implicados en los discursos teóricos. En ese mismo proceso, el agente aprende a manejar las estructuras temporales propias a los tipos, y a situarse respecto de ellas, y también aprende a manejar las condiciones de distribución de las voces y a ubicarse así en el concierto de las diferentes posiciones sociales posibles.

Si bien la práctica de los tipos contribuye al desarrollo de componentes esenciales de la persona, ejerce también un efecto en contrapartida sobre los tipos mismos, en tanto constructos sociales necesariamente evolutivos. De todas maneras, las condiciones de esta transformación histórica de los tipos restan casi completamente por estudiar. Y este estudio nos parece estar orientado por dos cuestionamientos: uno relacionado con el equilibrio que aparentemente debe establecerse en toda organización viviente entre la entropía general de un sistema (los géneros como estructuras heterogéneas en perpetua extensión) y los núcleos atractores que reducen objetivamente esta entropía (los tipos de discurso); el otro es el que guarda relación con la mejora de los medios por los cuales los seres humanos reorganizan y reexplicitan las condiciones enunciativas bajo las cuales negocian la “verdad” de los conocimientos.

Resumiendo estas tesis, destacaremos que cada una de las tres operaciones que, según la *Lógica de Port-Royal*, caracterizan la actividad de *noesis* (concebir, juzgar y razonar) son *productos de la interiorización de las propiedades de la semiosis*: la operación de concepción o de delimitación-estabilización de las unidades de pensamiento es el producto de la interiorización de los signos, en tanto entidades representativas radicalmente sociales; la operación de juicio es el producto de la interiorización de las estructuras predicativas que remiten a las relaciones accionales y, por último, la operación de razonamiento es el producto de la interiorización de las estructuras discursivo-textuales.

Evitar el determinismo a contrapelo

Como todo organismo viviente, el ser humano se inscribe en una línea “natural” de desarrollo, que está condicionada por el equipamiento bio-comportamental de la especie y por el establecimiento de mecanismos generales de interacción con el medio. Pero a partir de su nacimiento, el bebé está confrontado no solo al medio físico, sino también al conjunto de *preconstructos socio-semiótico-culturales* elaborados por las generaciones precedentes. Está enfrentado en particular a las formas de actividades colectivas instrumentadas, tales como han sido elaboradas en las formaciones sociales existentes en su entorno humano. También está confrontado a las palabras y a los textos/discursos que comentan esas actividades y que son portadores de significaciones producidas en el marco de la lengua natural de ese mismo entorno. Asimismo, a partir del nacimiento, este entorno emprende procesos activos de integración del bebé en esas formas preconstruidas: realización de actividades conjuntas, presentación de normas comportamentales y relacionales, y, posteriormente, presentación de las palabras de la lengua y regulación de sus condiciones de utilización. Este *trabajo formativo* (que se prolongará toda la vida y, en particular, en el marco de la educación formal o escolar) consiste, en realidad, en hacer entrar al niño en una segunda línea de desarrollo, que es la de la adquisición, de la reproducción y de la transformación de las significaciones sociales construidas en la historia del grupo.

A partir de que el pensamiento consciente se construye (también) en la interacción con esos preconstructos tal como son presentados en el trabajo formativo, solo puede contener las huellas de cierta *marca social*, a la vez de orden semiótico y de orden accional. El niño se apropia e interioriza los signos y las estructuras lingüísticas como se le presentan en una lengua natural determinada y, por lo tanto, esas formas iniciales de pensamiento están marcadas necesariamente por las modalidades particulares de delimitación y de organización de las significaciones que son propios a esa lengua. En otros términos, su “visión del mundo” estará pre-formateada por la organización de las representaciones que impone esta lengua. Además, el niño se apropia e interioriza esquemas de acción tal como se le presentan y es este proceso el que explica que, durante este largo período de latencia

que va desde el final del estadio sensoriomotor a los comienzos del estadio de las operaciones concretas, su pensamiento se caracteriza, como Piaget (1947) lo había demostrado, por su unidireccionalidad (se organiza en funciones, no dotadas de reversibilidad), y también por su carácter “mágico” (manifiesto en el ejemplo de los niños que estiman que si las nubes se desplazan, es porque una persona escondida en el decorado del cielo las empuja). Desde este punto de vista, el pensamiento inicial se construye según las modalidades de una *razón práctica*, es decir, consiste en realidad en interpretar todos los fenómenos observables como si dependieran del actuar humano.

Por lo tanto, si bien los factores sociales, semióticos y accionales ejercen una influencia sobre las modalidades iniciales de funcionamiento del pensamiento infantil, esta influencia no constituye un determinismo unilateral y tiende, además, a desdibujarse en lo sucesivo del desarrollo. Y esto en particular por tres tipos de razones.

La influencia social nunca implica un determinismo radical porque cada niño está confrontado a los preconstructos sociales en contextos de mediación formativa que pueden presentar características muy diferentes, incluso en un mismo tipo de entorno social. Esto es así porque esas experiencias formativas se acumulan según una temporalidad que es siempre particular y porque las condiciones de las experiencias adquiridas generan, a término, un marco de

recepción singular que ejerce una influencia sobre las interacciones formativas ulteriores. El niño construye, por lo tanto, la estructura psicológica constitutiva de su persona en el marco de una micro-historia experiencial singular, que depende de un régimen fundamentalmente distinto del de la historia social, y por ello esta construcción nunca puede consistir en una reproducción mecánica de los preconstructos sociales.

La influencia social se desdibuja en el curso del desarrollo, en primer lugar, porque en todo entorno humano existen *corpora* de conocimiento (*o mundos formales*) que ya han sido objeto de un proceso de abstracción o de generalización (más o menos importantes) respecto de los determinismos sociales, accionales y textuales. El niño está confrontado progresivamente también a este tipo de preconstructo, en especial en el marco de la educación formal, y los contenidos y las estructuras de su pensamiento terminarán, pues, por llevar las huellas del carácter formal o abstracto de este orden de conocimiento. Luego, y sobre todo, como la obra de Piaget lo demostró, el desarrollo ulterior del pensamiento se caracteriza por la implementación de poderosas capacidades de abstracción y de generalización, y de allí una parte importante del funcionamiento mental se depura, se descontextualiza y se organiza en operaciones lógico-matemáticas. Y además, dado que este proceso existe a nivel de los individuos, pueden construirse los mundos formales de conocimientos mencionados anteriormente.

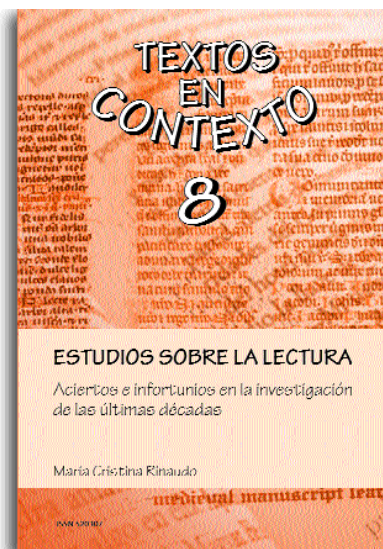
Estudios sobre la lectura

Aciertos e infortunios en la investigación de las últimas décadas

María Cristina Rinaudo

PEDIDOS

Asociación Internacional de Lectura - Lavalle 2116, 8° B
C1051ABH Buenos Aires, Argentina
Telefax: (011) 4953-3211 - Fax: (011) 4951-7508
E-mail: lecturayvida@ira.org.ar



Notas

1. Para la comodidad de la exposición, reunimos bajo esta expresión de *mundo ordinario* los tres mundos formales postulados por Habermas (1987).
2. Este capítulo del **Tratado de psicología experimental** (Fraisse y Piaget, comps.), inicialmente publicado en 1961, fue objeto de una sustancial modificación en 1974. Nosotros utilizamos la reedición de 1989.

Referencias bibliográficas

- Arnauld, A. y Lancelot, C. (1973). **Grammaire générale et raisonnée de Port-Royal**. Genève: Slatkine Reprints. (Edición original: 1660).
- Arnauld, A. y Nicole, P. (1965). **La logique ou l'art de penser**. París: Vrin. (Edición original: 1662).
- Benveniste, E. (1959). Les relations de temps dans le verbe français. **Bulletin de la Société de Linguistique**, 54.
- Bronckart, J.P. (1997). **Activité langagière, textes et discours. Pour un interactionisme socio-discursif**. París: Delachaux et Niestlé.
- Bronckart, J.P. (2003). L'analyse du signe et la genèse de la pensée consciente. *Cahiers de l'Herne*,- Saussure (76), 94-107.
- Bronckart, J.P. (2004). **Actividad verbal, textos y discursos. Por un interaccionismo socio-discursivo**. Madrid: Fundación Infancia y Aprendizaje.
- Bronckart, J.P. (2007). **Desarrollo del lenguaje y didáctica de las lenguas**. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Coseriu, E. (1991). **El hombre y su lenguaje**. Madrid: Gredos.
- De Mauro, T. (1969). **Une introduction à la sémantique**. París: Payot.
- Genette, G. (1986). Introduction à l'architexte. En G. Genette *et al.*, **Théorie des genres** (pp. 89-159). París: Seuil.
- Habermas, J. (1987). **Théorie de l'agir communicationnel**. París: Fayard.
- Humboldt (von) (1974). **Introduction à l'œuvre sur le kavi et autres essais**. París: Seuil. (Edición original: 1835).
- Piaget, J. (1947). **La psychologie de l'intelligence**. París: A. Colin.
- Piaget, J. (1989). L'explication en psychologie et le parallélisme psychophysique. En P. Fraisse y J. Piaget (comps.), **Traité de psychologie expérimentale**, vol. I. (pp. 137-184) París: PUF.
- Saussure, F. (de) (1945). **Curso de lingüística general**. Buenos Aires: Editorial Losada. (Edición original: 1916).
- Saussure, F. (de) (2002). **Ecrits de linguistique générale**. París: Gallimard.
- Simonin-Grumbach, J. (1975). Pour une typologie des discours. En J. Kristeva, J.C. Milner y N. Ruwet (Ed.), **Langue, discours, société. Pour Emile Benveniste** (pp. 85-121). París: Seuil.
- Voloshinov, V.N. (1977). **Marxisme et philosophie du langage**. París: Minuit. (Edición original: 1929).
- von Wright, G.H. (1971). **Explanation and Understanding**. Londres: Routledge & Kegan Paul.
- Vygotski, L.S. (1997). **Pensée et langage**. París: La Dispute. (Edición original: 1934).
- Weinrich, H. (1973). **Le temps**. París: Seuil.

Este artículo fue enviado a la Redacción de LECTURA Y VIDA a pedido de las directoras en noviembre de 2007.

*Este artículo fue traducido del francés por Ana María Gentile.

**Doctor en Psicología. Profesor en Didáctica de Lenguas, Université de Genève. Ha realizado investigaciones en psicolingüística, en análisis del discurso y didáctica de las lenguas desde la perspectiva del interaccionismo sociodiscursivo y en formación de adultos para el análisis del trabajo.

XXII WORLD CONGRESS ON READING

Lectoescritura en un mundo diverso
Literacy in a Diverse World



XXII CONGRESO MUNDIAL DE LECTURA

San José. Costa Rica
28 al 31 de julio de 2008